

LA VOZ DEL TÓRMES.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

REDACTORES

D. MATIAS PASTOR Y GARCIA.—D. TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

COLABORADORES

Estevez de G. del Canto (D.ª Josefa).
Lozano de Vilchez (D.ª Enriqueta).
Príncipe de Llácer (D.ª Clotilde Aurora).
Tartilan (D.ª Sofia).

Arés y Sanz (D. Mariano).
Castelar (D. Emilio).
Castro y Valdivia (D. Gonzalo de)
Doncel y Ordaz (D. Domingo).
García del Canto (D. Antonio).

García Dóriga (D. Alfredo).
García Martín (D. Lucas).
Gil Robles (D. Enrique).
Herrero (D. Manuel).
Moreno Castelló (D. José).

Navarro Izquierdo (D. Luciano).
Robert (D. Roberto).
Segovia y Corrales (D. Alberto).
Villar y Macías (D. José).
Villar y Macías (D. Manuel).

PRECIO DE SUSCRICION.

Salamanca, un mes.	3 reales.
Tres meses.	9
Fuera, un mes.	4
Tres meses.	10
Extranjero y Ultramar.	Doble.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Salamanca: librería de D. Eugenio Calon, Zamora, 5, y en la *Dirección, Redacción y Administración* Patio de Escuelas, 4, donde se dirigirá toda la correspondencia. Pago adelantado en libranzas ó sellos de franqueo. No se devuelven los escritos.

SUMARIO.

La inteligencia de los animales, por Fernando Araujo.—*El mar*, por D. Antonio G. del Canto.—*El amor, el placer y la gloria*, novela (continuación) por Fernando Araujo.—*Recuerdo*, poesía, por T. Rodríguez de la Torre.—*Soneto*, por D. José Moreno Castelló.—*La violeta*, poesía, por A. Alvarez.—*Epigrama*, por T. Rodríguez de la Torre.—*Pensamientos*, por Matias Pastor.—Crónica de la capital.—Variedades.

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES.

I.

He pronunciado la fórmula de una cuestión que levanta largos y sostenidos debates en el campo de la ciencia. Quien, como Plinio concede, aunque sin generalizar, al animal la clemencia, la pasión del amor y de la gloria, la prudencia, la rectitud y hasta una especie de creencia religiosa. Quien, como Mallebranche le niega toda razón, toda voluntad, todo sentimiento. No es mi propósito entrar en apreciaciones de escuela ni en investigaciones psicólogo-fisiológicas que fatigarían á mis bellas lectoras y que no tendrían fácil cabida en los reducidos límites de un artículo.

¿Tienen ó no inteligencia los animales? ¿Quién lo duda después de los concienzudos trabajos de Walckenaer, de Ménault, de Blanchard, de Mangin, de Leroy, de Flourens, de Franklin, del mismo Buffon cuyas magníficas descripciones del león, del elefante, del caballo son de todos conocidas? Hasta Cuvier y Qua-

trefages rechazan la absurda teoría del automatismo de Descartes.

¡Qué el animal no tiene inteligencia!.. y esto se dice por hombres graves, concienzudos... Sabios que tienen la misión de educar al pueblo en la verdad!.. ¡qué doloroso es esto! Ah! los niños y los salvajes saben más que ellos en tan importante asunto; el niño y el salvaje abren sus ojos á la luz y ven al animal ir, venir, saltar, enfadarse, acariciar... nacer, crecer y morir (1) ¿qué más hacen ellos? le miran como su semejante lo aman porque él les ama también con un cariño igual, si no superior al de su madre. Es preciso que venga un Mallebranche á torcer sus buenos sentimientos golpeando al animal y diciendo al salvaje y al niño asombrados: «¿no sabéis que *esto* no siente nada»? ¡Pobres criaturas! llamadlas luego crueles porque defienden la institución del verdugo... ¿qué educación les habeis dado? ¿qué sentimientos habeis depositado en sus tiernos corazones vosotros... sus maestros?

¡Qué el animal no tiene inteligencia!... Escuchad la respuesta del egipcio y del brahman; preguntad al árabe nómada y él os dirá si su caballo favorito tiene un alma, inmortal como la nuestra; interrogad al Piel roja de la América sobre si el animal tiene un lugar como el hombre en la tierra de los espíritus; escuchad el discurso que el samoyedo dirige á su víctima para hacerla creer que es de otra nación y evitar su futura venganza; escuchad de labios de Hæfer que «los cafres se escusan de la muerte del elefante ante su cadáver

(1) Mangin: *El hombre y el animal*.

diciendo que ha sido involuntaria;» oíd á los negros de Gabon, los malayos de Sumatra y Borneo decir del mono antropoide que «es un hombre que no habla porque no se le obligue á trabajar»; repasad las páginas de las leyendas árabes y vereis con frecuencia al hombre inerme dirigir sus súplicas al leon, del que se llama amigo y muy humilde servidor, para que no le haga mal alguno.

¿Acaso nada dicen estos hechos en favor de la inteligencia de esos seres que son nuestra ayuda? ¿Acaso esta creencia universal nada dice en favor de la inteligencia del animal? Preguntad aún á los indios, á los egipcios, á los pitagóricos, á los romanos; examinad el dogma de la metempsicosis, estudiad á fondo el culto zoolátrico de casi todas las religiones del paganismo... ¿qué veis allí? Objetivaciones de las virtudes y los vicios (productos de la inteligencia) en los animales. El animal hace un gran papel en casi todas las teogonias; Vishnú, el mismo Brahma no vacila encarnarse en un animal, Júpiter mismo se trasforma en toro para robar á Europa... ¡Desvarios mitológicos! sueños extravagantes de poetas! se dirá. Hay en las religiones algo más que esto; hay la encarnacion de una idea, el reflejo de un pensamiento, la voz de todo un pueblo ¿qué sería si no la religion? Cambises, dando muerte al buey Apis, produce más asombro, terror y ódio en el pueblo egipcio que sus exacciones y victorias.

¿Qué importa que el demoleedor de la escolástica haga del animal una máquina sin conciencia, un reloj que marca la hora porque así lo dispuso el relojero? ¿Qué importa que su discípulo Mallebranche le negase hasta el sentimiento complaciéndose ¡barbaro! en maltratar á su perra *para ver el mecanismo de sus gritos y contorsiones*? ¿Qué importa que respondiese, al ser reprendido por su crueldad; «esto no siente nada»? ¿Ha de invalidar ese acto de barbarie, esa bárbara respuesta el testimonio de todos los pueblos, el grito de la conciencia humana sublevada ante el hecho de ese *sabio*? Seguramente que no.

¡Ah! pero ¿quereis nombres ilustres, nombres de todos conocidos, que os sirvan de garantia para afirmar que el animal siente, quiere y piensa? ¿No os conformais con el rumor del vulgo? ¿Pedís nombres?... ¡Nombres ilustres! sábios conocidos!... Ahí los teneis: ¡Alzaos, soberbias sombras de los Manús, Gotamas y Budhas! romped el sudario que os envuelve gloriosos manes de Aristóteles, Pitágoras, Eudoxio, Filolaos! descend á la palestra Plinio, Séneca! bajad á la arena del combate Réatumur, Léroy, Tiberghien! confundid á esos espíritus fútiles Warren, Franklin, Leibnitz, Walckenaer! acudid á mi voz Mangin, Blanchard, Jacolliot! hablad, hablad, Menault, Virey, Huber, ¡todos, todos los paladines de la verdad, Montaigne, Brehm, Anderson, Buffon, Linneo, los miles y miles de poetas que habeis cantado al animal... ¡acudid á mi voz! aplastad,

anonadad con vuestro acento, con vuestra lira, con vuestras obras la falsa imputacion de Mallebranche, ¡confundid! detened su brazo, arrancadle el látigo que blande en su mano; hacedle ver que *esto* como él lo llama, el animal, es un sér que sufre, que gime, digno de nuestro aprecio! Mostradle á Pitágoras comprando pájaros para darles libertad! enseñadle á Montaigne, padeciendo al ver sufrir al animal! hacedle ver esas mil asociaciones filantrópicas que por el animal velan!... ¡Basta ya! la lucha es demasiado desigual! somos más compasivos que él!

II.

A millares abundan los hechos que pudiera citar en apoyo de la inteligencia de los animales; muchos de ellos tenemos ocasion de presenciarlos, á nuestra vista, á todas horas. Dejaré estos á un lado porque harto presentes estarán en la memoria de todos.

Hechos existen, referidos por honrados escritores, inadmisibles de todo punto. Cuenta Plinio que «queriendo Antíoco sondear un vado, el elefante *Ayax*, que hasta entonces habia marchado siempre á la cabeza de sus compañeros rehusó entrar en el rio, y el Príncipe entonces mandó publicar que aquel de los paquidermos que se atreviera á pasar sería el jefe de todos ellos. El elefante Patroclo osó hacerlo, y para recompensarle Antíoco le dió collares de plata, especie de adorno que agrada mucho á estos animales, revistiéndole de todas las insignias del mando; el elefante *Ayax*, acusado de cobardía, prefirió la muerte á la deshonor y se dejó morir de hambre.» «En nuestros dias, añade el autor de quien tomo esta cita (1), se hubiera levantado la tapa de los sesos.» Este hecho es, sin duda, inverosímil, y la credulidad de Plinio fué evidentemente sorprendida. Descartaré tambien todos los hechos semejantes y únicamente elegiré, entre los muchísimos que pudiera citar, aquellos que por haber sido presenciados por los autores fidedignos que los refieren no dén lugar á duda alguna.

Existen en España é Italia arañas de considerable tamaño que tienen pocos materiales para fabricar su tela; pero no por eso dejan de aprovecharse de su modesta fortuna; todo se reduce á amoldar sus necesidades á los escasos elementos de que disponen. No pueden con sus solos recursos fabricarse una habitacion como las demás; necesitan recurrir á otros medios. Fabrican en la tierra una especie de canal proporcionado á sus cuerpos y tapizan sus paredes con *seda* tan suave que no tienen que temer frotamiento alguno. Si este retiro quedase abierto al nivel del suelo, la araña podria ser sorprendida. ¿Qué hacer? confacciona una puerta sólida con la tierra que ha extraido de su agujero

(1) Mangin: *El hombre y el animal*.

ro, tallada en forma cónica para que resista á la presión exterior y por dentro cuidadosamente tapizada; pero á esta puerta le hacen falta unos goznes para girar, un cerrojo para más seguridad. ¿Creeis que la araña no lo sabe? Ved los goznes formados ya con *seda* tan apretada que puede ofrecer una increíble resistencia; mirad el cerrojo, círculo de pequeños agujeros regulares colocados al lado opuesto de los goznes. Se intenta levantar la puerta; la araña lo siente y veloz introduce sus extremidades en los agujeros del cerrojo apuntándose en su retiro. Schmidius ha demostrado, al decir de Virey, que las arañas despliegan, en la confección de su tela, una geometría trascendental. Nunca procede fatalmente ni de un modo arbitrario; aprovecha las circunstancias y modifica sus procedimientos según las necesidades que la rodean (1.)

Las hormigas negras cenicientas trazan el plano de un muro, de una galería, de una avenida, trabajando cada una en su oficio, practicando la división del trabajo. Así acontece en ocasiones que la fábrica no es perfecta: sucede v. g. que una bóveda comenzada á construir demasiado baja encontraría el muro paralelo si se la continuara sobre el mismo plano; entonces marcha una hormiga, reconoce el error, destruye la bóveda comenzada y la reforma adecuadamente (2.)

Cuando estas hormigas comienzan una empresa, dice Huber, se creería ver nacer una idea en su espíritu y realizarse; así, cuando una de ellas descubre sobre el hormiguero dos tallos herbáceos que se cruzan y pueden favorecer la formación de una vivienda, ó cuando percibe algunos pequeños maderos que dibujan los ángulos y costados de una habitación se la vé examinar las partes de este conjunto, después colocar con mucho orden y destreza partículas de tierra en los vacíos y á lo largo de los troncos, tomar de todas partes materiales convenientes, á veces sin observar siquiera lo que sus compañeras hacen ¡tan dominada está por la idea que ha concebido y que sigue sin distracción! vá, viene, vuelve hasta que su plan se ha hecho sensible para las otras; comprendida entonces la idea, todas acaban en común la obra que una principió.

Refiere Reimarus que una vez se introdujo en una colmena un caracol; no podían extraerle por ser demasiado voluminoso, ni tampoco romperle, por su dureza, para sacarlo á pedazos; entonces le embadurnaron con la materia gomosa que fabrican, y adhiriéndole á las paredes de la colmena, impidieron de ese modo su mal olor, (3) Las abejas reconocen su colmena en medio de otras mil; si un campo está cubierto de flores que les agradan vuelven al año siguiente á libar su

perfume ¿no es esto memoria? (1) Huber añade que en 1806 se vieron invadidas unas colmenas por la *esfinge de cabeza de muerto* que estropeaba y comía los panales; las abejas, indecisas al principio, elevaron un espeso bastion de cera sobre sus colmenas con una abertura, por la que solo cupiese una de ellas; la *esfinge* se vió así burlada.

Liméry cuenta haber visto á una pulga tirando de un cañon del grueso de la mitad de la uña; se le daba fuego y la intrépida pulga permanecía impávida en su puesto. Hooek dice haber visto un obrero inglés que habia construido una carroza de máfil con seis caballos, un cochero entre las piernas, un postillon, cuatro señores dentro y dos lacayos atrás; todo este microscópico equipaje era arrastrado por una pulga. El baron de Walckenaer vió cierto dia en la plaza de la Bolsa cuatro pulgas, armadas de unos espigones de madera, haciendo el ejercicio militar, teniéndose sobre sus patas traseras; le afirmaron que las tales pulgas hacia dos años y medio que vivian así. ¿Qué maravillas no produce la domesticidad?

(Se concluirá).

EL MAR.

En medio de tantas grandezas y maravillas formadas por Dios para admiración de la criatura, hay una más grande que todas por la diversidad de formas con que se presenta á nuestros ojos.

Esta maravilla de la creación es el mar: unas veces al contemplarle descubrimos en él belleza, orden, armonía: otras veces parece que abriga en su profundo seno todos los desórdenes universales.

Su rostro nos asusta por lo espantoso y sus gritos nos aterran como la voz del trueno.

Cuando se mueve al soplo de la cólera divina, llama en su auxilio cuanto existe en la creación mas pavorosa para que participe de sus furores.

A sus horrendos bramidos se une el silbido del aquilon, que agitando su inmensa cabellera forma montes, de espuma que se elevan hasta las nubes para mezclarse allí en fúnebre concierto con el estampido del trueno y la violencia abrasadora del rayo, al mismo tiempo que pide al relámpago su fatídica luz para que el mortal estupefacto admire su gigantista potencia. Mas cuando después de una lucha horrible conoce que son impotentes sus esfuerzos para ahogar en sus olas bituminosas el resto de la creación, se retira fatigado á sus abismos dando penosos alaridos, hasta que vienen á calmar su cólera con su soplo dulce y suave los céfiros y las brisas, sustituyendo á la luz pavorosa del relámpago, la luz de un sol puro y refulgente, y á las tenebrosas y

(1) Menault: *Merveilles de l' intelligence des animaux.*

(2) Menault: *ibid.*

(3) Reimarus: *Observaciones físicas y morales sobre el instinto, industria y costumbres de los animales.*

(1) M. Girard: *Merveilles des métamorphoses des insectés.*

revueltas nubes un firmamento de azul y plata, terso y limpio como un espejo. Entonces no hay una vista más deliciosa que la del mar: tranquilamente dormido al arrullo de la brisa juguetona, apenas mueve su superficie, y cuando lo hace, es para sonreír al firmamento y al sol, porque le prestan sus colores y su luz. De su seno principian á saltar á la superficie millares de peces, de infinitos magníficos colores, y sus imperceptibles olas azules levanten una espuma rizada más blanca que la pluma del pájaro-carnero que va meciéndose sobre ellas.

Grande es la majestad del mar, inmensa su profundidad, incomparable su potencia, terrible su cólera; pero es más grande la majestad del hombre cuando con su profunda inteligencia, ese espíritu divino que Dios ha derramado en su mente, ha sabido dominar la terrible pujanza de las olas, y cruzar sobre su inmensidad profunda en una frágil tabla que el más débil de los vientos pudiera reducir á polvo. El hombre, apoyado en esa tabla liviana, se sonríe de la furia del huracán, se eleva con las olas hasta buscar el rayo en las nubes, y baja hasta los abismos para volver á subir luego á mayor altura, siempre sonriendo con serena frente, al ver la facilidad con que domina al monstruo en cuyos hombros marcha reclinado. Dirigiendo una mirada al firmamento y otra al imán que guía su tabla, admira su inteligencia divina, y reconocido á tan inmensa bondad, la súplica viene á sus labios y late su corazón con tranquilidad, porque conoce que Dios que le permite dominar al gigante sobre que marcha, ha penetrado indudablemente en su alma y vienen á su mente solo ideas religiosas. ¡Bendita sea la hora en que nos hemos lanzado en medio de los mares! ¡Bendita sea la hora en que hemos surcado por primera vez con serena frente, sobre ese gigante de colosales proporciones! Bendita la hora en que le hemos visto lanzarse furioso sobre la fragata que nos conducía, tratando de sepultarla en sus abismos! Teníamos entonces veinte años, edad de inexperiencia y de irreflexión, y aprendimos á pensar. Agitada nuestra mente por ideas seductoras de gloria y de placeres, embriagada por las grandezas mundanas, teníamos olvidadas las ideas religiosas que nos había enseñado nuestra madre durante la infancia; pero cuando nos vimos solos en medio del Océano, cuando el huracán vino á hacernos comprender la grandeza del Omnipotente, conmoviendo las entrañas de los abismos sobre que marchábamos en busca de un porvenir incierto, conmovió también las fibras de nuestra alma, y buscando en la creación un ser querido á quien comunicar las penas, sentimientos y pesares, y no encontrando ninguno á nuestro lado, elevamos los ojos al cielo, y á través de su densa oscuridad, creímos ver la Magestad divina rigiendo los orbes en un carro de fuego, creímos oír su voz en el horrísono estampido del trueno, creímos ver su mirada en la centellante llama del rayo, y débil,

jóven y abandonado de los nuestros, buscando amparo en el Supremo Ser, recitamos con voz profundamente conmovida, con el corazón lleno de fé y esperanza, las plegarias que habíamos aprendido de los labios maternos; y conocimos que el alma quedaba más tranquila y que había más valor en nuestro corazón. Desde entonces comenzamos á conocer las armonías de la creación, y todas las noches, ora estuviese el cielo preñado de negras y tormentosas nubes, ora estuviese tachonado de vívidas y magníficas estrellas, subíamos á la toldilla de la fragata y allí teniendo por pavimento el océano y por altar el firmamento, dirigíamos fervorosa plegaria al autor de tantas maravillas, y con el embeleso de contemplarlas cerraba nuestros párpados un sueño dulce y apacible, y la fé se arraigaba en nuestra alma. ¡Bendita sea la hora en que nos lanzamos al Océano por primera vez! ¡Bendita la hora de nuestro primer naufragio, que nos enseñó á mirar la muerte cara á cara sin esperanza ¡de glorias ni de riquezas! ¡Bendito sea el mar y sus olas azuladas, espejo del firmamento! ¡Benditos sus huracanes y benditos sus abismos! ¡Bendito, siempre bendito y mil veces santo sea el Dios de Israel que nos ha inspirado estas ideas!

ANTONIO G. DEL CANTO.

EL AMOR, EL PLACER Y LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

(Continuación.)

—¿Sabes que hasta anteayer no me había fijado en María?

—Yo no, ¿qué has visto en ella?

—Que es preciosa, encantadora, divina.

—¡Qué entusiasmo!

—Y que sería capaz de hacer feliz á cualquiera que llegara á su posesión.

—¡Ah! dijo Rogelio alzando al cielo sus azules ojos.

Esta exclamación fué el primer latido consciente que dió el corazón de Rogelio.

—Por lo tanto,—continuó Antonio sin saber la tempestad que estaba fraguando,—que yo sería feliz con ella.

—¿Y tú crees...—replicó Rogelio sin atreverse á concluir de miedo á la respuesta,—que María...

—¿Me correspondiese? ¿Y por qué no? Me choca tu pregunta. ¿Acaso yo soy menos que María?

—No lo digo por eso,—replicó Rogelio tratando ya de averiguar todo lo que pudiera, pues iba poco a poco comprendiendo su estado,—quiero decir que si tienes alguna esperanza de conseguir el cariño de María.

—Esperanzas... ¡psch! ¡vaya! no estoy descontento de mis primeros ensayos; ayer y hoy la he perseguido con la mirada y á veces me he encontrado con la suya; hoy mismo al salir de misa aceptó el agua bendita de mi mano, y luego al pasar para la calle de la Corona volvió la cabeza; ya ves que esto es para animar un poco.

Rogelio no volvió á decir una palabra; aquella conversacion se lo habia revelado todo. ¿Qué hacer? dejar libre el campo? Entonces recordó con los menores detalles todos sus sueños infantiles. Pero aquello—exclamaba—eran juegos de niños, nubes de verano. Después se fijaba más, recordaba un nuevo detalle y queria persuadirse de que aquello era amor, de que María le habia amado. ¿Le amaría aún? Probemos—decía—y quizá me ame.

Pero recibir un desengaño... ¡Dios mio! seria la muerte. ¿Y si Antonio se adelanta?... ¿No sabe María que él ama á la hija de un médico? ¿Qué hacer?

En estas dudas estuvo batallando algunos dias hasta que por fin se decidió á jugar el todo por el todo sabiendo su suerte. La escribió una carta explicándola lo sucedido, haciéndola protestas de su amor, manifestándola con la vivacidad que él sabia hacerlo (en aquella ocasion sobre todo) lo que sentia, pintándola con los más poéticos colores la dicha que alcanzarían si accedia á sus deseos y retratándola con los más sombríos matices la desgracia que labraria con una respuesta negativa.

Al dia siguiente obtuvo contestacion; se le pedian explicaciones de su conducta en Salamanca haciéndole entrever el deseado «sí» en caso de que fuesen satisfactorias. Hubo explicaciones y quedaron al fin establecidos en firme base sus amores mediante la entrega de las cartas que Rogelio poseia de la hija del médico.

María y Rogelio se escribían todas las semanas; la remision de las cartas era muy aventurada; el padre de María sospechó, observó y se enteró al fin de todo. Se opuso enérgicamente porque Rogelio era pobre; los amantes tuvieron que sufrir mucho; al fin la obstinacion de María venció la oposicion paterna, el amor triunfó de todo y el matrimonio se aplazó para dos años después.

Ya hemos escuchado sus proyectos, sus deseos, su mútuo cariño. Añadiremos que tenían harto fundamento para creer en la felicidad futura de su union. No hay mejor matrimonio que aquel que se basa en un firme y profundo afecto; partiendo de esto dos esposos han de ser necesariamente felices. María y Rogelio,

además del cariño que se profesaban y que hemos podido apreciar en su conversacion, coincidían admirablemente, conformaban sin la menor discrepancia en todos sus gustos, sentimientos y aspiraciones; en semejantes condiciones natural era que les sonriese la felicidad.

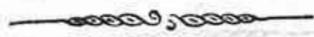
CAPÍTULO IV.

!Al Egipto!

Nos hallamos en la villa del Osó y el Madroño, en el café Imperial. En una de las mesas encontramos á Luis con varios amigos. La animacion se pinta en todos los semblantes. Luis es el rey de la fiesta: va á partir con un compañero tan entusiasta como él; recorrerá el mundo todo para completar su educacion; pisará la ciudad Eterna; verá los grandiosos restos de una unidad política quebrantada por Dios, que quiere la armonía; los restos, vacilantes tambien, de otra unidad religiosa que recogió la herencia del imperio; visitará la Grecia, donde podrá beber la inspiracion de un pueblo artista; recorrerá las Pampas de la América Meridional, estudiando las costumbres del *ranchero* y el patagon, cruzará por su mente el recuerdo de la civilizacion mejicana de los Motezumás; visitará las galerías subterráneas de las tumbas de los Incas, irá á recoger en la América del Norte el inmenso hábito de vida del porvenir y sobre todó tendrá el inmenso placer de sentar sus piés en el Oriente, el misterioso Oriente, la region de sus sueños de gloria; sentirá palpitar su corazón ante las ruinas de Nínive, de Tebas y de Persépolis; se pondrá en contacto con los brahmanes, los sacerdotes de esa religion, inmutable como todas, pero más que todas inmutable; se aprovechará de la hospitalidad tibetana para recoger fecundas enseñanzas; sufrirá, siquiera una noche, en la habitacion sepulcral del fellah. ¡Quizá logre arrancar sus secretos á los geroglíficos del Egipto, á las inscripciones cuneiformes de la Asiria y Babilonia! Quizá llegue á sorprender en la escritura, en la lengua, en los monumentos, en las tradiciones el lazo de union de los diversos pueblos! Quizá sus meditaciones le revelen un rayo de luz para guiarse en el tenebroso abismo de la generacion de las naciones, en la confusa Babel de los linages! Quién sabe!.. La ciencia no ha podido sino establecer hipótesis.. ¿por qué desesperar? Busquemos, seguros de hallar en el entusiasta ¡eureka! la merecida satisfaccion del triunfo, el pago cumplido de la laboriosidad.

¡Oh! cómo late el corazón de Luis ante imágenes tan alhagadoras!

(Se continuará.)



RECUERDO.

Un recuerdo es el consuelo
del corazon lastimado,
es la dicha que ha tornado,
del alma en el mundo el cielo.

¡Qué fuera el hombre doliente
sin un recuerdo de amor,
si es el recuerdo el mayor
placer que en el alma siente?

Yo amé ayer, y hoy... ¡desgraciado!
lloro aquel dueño querido,
mas un recuerdo ha fundido
en el presense el pasado.

Y cuando perdida lloro
aquella amada mujer
un recuerdo me hace ver
que si ayer la amé hoy la adoro.

¿Y quién sabe si quizá
al recordar con rubor
aquellos dias de amor
ella tambien me amará?

Recuerdos de amor, venid,
brotad dentro de mi mente;
halle en vosotros presente
aquel pasado feliz.

Recuerdo dulce de ayer,
ven á calmar mi afliccion,
grábala en mi corazon,
funde mi sér con su sér.

Que viva ella en mí y yo en ella,
que haya en los dos solo un alma,
que alcance de amor la palma
olvidando mi querella.

Vea la luz de sus ojos,
y aspire su dulce aliento,
y tenga celos del viento
que besa sus labios rojos.

Que vea yo aquel eden
do inagotable ventura,
y me encante su hermosura,
y que me llame: «mi bien.»

Ven, recuerdo, tú el consuelo
fuiste de mi pena ardiente;
si al alma mata el presente
la abres del pasado el cielo.

Y al surgir en mil ideas
la de la dicha perdida
tú solo la das la vida.

Recuerdo... ¡Bendito seas!

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

SONETO.

Pides versos de amor á quien te adora,
y el mudo corazon te escucha inquieto,
temiendo que al latir cuente indiscreto
lo que hasta el labio del cantor ignora.

Si del oculto afan que lo devora
brotla la queja al fin, yo te prometo
que solo á ti revelará el secreto
que he sabido guardar hora tras hora.

Pides versos de amor y en mi locura,
sin ocultar mas tiempo mis antojos
los sueños contaré de mi ventura.

Hallo mi inspiracion solo en tus ojos,
es la luz de mi dicha tu hermosura
y mi único temor son tus enojos

J. MORENO CASTELLÓ.

Jaen.—1876.

LA VIOLETA.

¡Pobre flor, solitaria y escondida,
que abre al azar su virginal corola.
condenada por Dios á estar perdida,
condenada á vivir aislada, sola!

¡Tierna planta que crece á la ventura
y expuesta á ser tronchada por el viento,
sin que haya una mirada de ternura,
de compasion en su postrer aliento!

Sin siquiera una mano compasiva,
que al ver doblar su fatigada frente,
socorra á la infeliz para que viva,
alce su tallo que morir se siente.

Dí, pobre flor: ¿Cuál tu delito ha sido
que con tal crueldad eres tratada?

¿Qué hiciste para estar en tal olvido?
¿Qué hiciste para ser tan despreciada?

¿Tu sencillez acaso te condena?
Si eso es causa de olvido tan profundo,
yo compadezco, pobre flor, tu pena,
¡Siempre la ostentacion prefiere el mundo!

A. ALVAREZ.

EPIGRAMA.

Un tiempo del verbo amar
conjugaba cierto dia
repitiendo sin cesar:
Yo amase, amara, amaría...

Y María que lo oyó,
me dijo con frenesí:
que pues que la amaba yo
tambien me amaba ella á mí.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

PENSAMIENTOS.

La caridad es ángel de ventura que cobija al hombre con sus alas; el tierno lazo que une al hombre con el hombre; el iris del cielo.

El que quiere á un amigo no debe repetírselo: las repeticiones serian causa de la duda.

La muerte es un rayo que ofusca nuestra vista; es el beso de amor del nuevo día.

El amor es el aura de la gloria; es la flor que perfuma con su aroma los abismos del alma; amemos, y mundo de delicias será el horizonte de nuestra vida.

M. PASTOR.

CRÓNICA DE LA CAPITAL.

Desde el día 4.º del corriente año ha empezado á funcionar en la calle de Zamora, núm. 16, la *Agencia general de negocios de Calama y Compañía*; la utilidad práctica de semejantes sociedades es innegable, y esperamos confiadamente en que la hoy establecida llene á satisfaccion de municipios y particulares el programa que se ha impuesto.

El mal temporal reinante ha producido algunas desgracias: Eolo ha hecho de las suyas; por todas parte se veian, en los primeros dias de la semana sobre todo, tejas y trozos de cal, desprendidas por el viento de los tejados y fachadas; algunas personas han sido heridas por estos materiales; el terrible *paso de la Compañía*, mansion predilecta en esta ciudad del fiero Eolo ha he-

cho, como nunca, la desesperacion de los transeuntes y las delicias de los vecinos.

En la noche del 2 ha ocurrido en la calle de Pedro Cojo un robo con detalles novelescos hasta cierto punto. Vivía en una de sus casas cierta viuda expendedora de empanadas que guardaba sus ahorros en un cofre. Parece ser que un vecino suyo habia hallado un medio expedito de trasladar á su bolsillo los ahorros de la viuda, valiéndose de una llave que venia perfectamente á la cerradura del cofre. La noche en cuestion, aprovechando como siempre la salida de su vecina, el ratero se introdujo en su habitacion, abrió el cofre y cogió el dinero que juzgó oportuno; en esto sienten pasos, huye con el dinero, arranca de una ventana el barrote que le impedia salir, salta de una altura considerable y se arroja al espacio: su designio quedó frustrado; fué á dar al mismo corral precisamente de la casa. La mujer sintió sin duda sus pasos, vió abierto el cofre y toda asustada comenzó á gritar: al fin, trás algunas pesquisas, el ratero fué descubierto en una cuadra cuya puerta habia tenido cuidado de candar, por otro vecino y el hijo de la viuda. Bajo una baldosa fué hallado el dinero que extrajo del cofre, cuyo encuentro fué motivado por su misma confesion. Conducido á la cárcel aguarda allí su sentencia.

Relata refero.

El temporal de aguas que durante estos dias se ha desencadenado, haciendo temer las consecuencias de una inundacion, ha producido la rotura de la mayor parte de los puentes de la Sierra de Francia. Las comunicaciones con Avila y Madrid se hallan interceptadas y es preciso trasbordar á los viajeros en el puente de Encinas. A pesar de temerse algunas desgracias de consideracion con la crecida del Tórmes en esta capital se han logrado evitar hasta ahora. La tarde del 4 se hallaban cinco personas en la *aceña del Muladar* cuando la mayor fuerza de la crecida: una barca, acudiendo á tiempo, los salvó de una suerte poco feliz probablemente.

Se ha aumentado en cinco reales el precio de los apartados de correos.

Continúa la *compañía de autómatas* que actúa en el teatro del Liceo haciendo las delicias del público salmantino aficionado á estos espectáculos.



En el bonito teatro del Seminario se puso anoche en escena la comedia de magia *Embajador y hechicero*. Solo faltaba la presencia de las bellas para completar la amenidad de la función.

Tenemos entendido que la comisión permanente de la Diputación provincial ha tomado acuerdo sobre las obras del Hospicio. Sentimos no poder entrar en más detalles, pues la prudencia nos lo veda.

Los representantes del comercio de esta capital han resuelto unirse para las próximas elecciones municipales con el objeto de nombrar un Ayuntamiento que, ajeno á toda mira política, tenga como base de su administración el fomento de los intereses materiales de la localidad.

VARIEDADES.

Hemos recibido la visita del *Boletín de primera enseñanza*, órgano oficial del magisterio de la provincia, de cuya exclusiva redacción está encargado D. Gonzalo Sanz.

Saludamos al *Noticiero de Ciudad-Rodrigo* que hemos tenido el gusto de ver por nuestra redacción.

Agradecemos como se merece el suelto que *La Ilustración de la Mujer* nos dirige en el número correspondiente al 30 de Diciembre del pasado año.

SOLUCIONES.

A LA FUGA DE CONSONANTES.

Porque un beso me has dado
riñe tu madre;
tomá, niña, tu beso,
dile que calle.

AL GEROGLÍFICO.

Nace la rosa entre espinas,
Entre celajes el sol,
Entre nácares la perla
Y entre suspiros mi amor.

CHARADA.

Primera y segunda amigo:
De segunda y prima tienes.
El corazón si el cariño
De mí todo tú aborreces;
Si la primer prima cuarta
Naciera junto á tus sienes
Ya obrarías de otro modo;
Más si á tercia cuarta quieres
Díselo al todo y que sepa
La causa de tus desdenes.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO.

.o.q.e .s.é .á. e.c.n.i.o
.e .a. m.d. t. l. c.e.t.
Q.e .n.r. m. b.c. y .u .i.o
.o .u.e.o .u. e.t. n. e. v.e.t.

C.M.O.M.R.

ADVERTENCIA.

Con motivo de la reforma que esta revista ha sufrido, y para que sea conocida del público, ponemos á la venta el presente número.

SALAMANCA:

Imprenta de Cerezo, Isla de la Rúa, núm. 4.

1876.

